



## LA ARTESANÍA CHILENA EN LOS ALBORES DEL SIGLO XXI\*

*Héctor Caviedes Brante*  
Universidad de Chile

### *Introducción*

La Real Academia Española define el concepto ‘artesano’ como: “Persona que ejercita un arte u oficio meramente mecánico”<sup>1</sup>. La Academia también incorpora la concepción actual del término: “Usado modernamente para referirse a quien hace por su cuenta objetos de uso doméstico imprimiéndoles un sello personal, a diferencia del obrero fabril”<sup>2</sup>.

En consecuencia, se infiere que el artesano es un productor independiente de objetos de uso diario en los que plasma su carácter personal y –en términos del profesor Manuel Dannemann<sup>3</sup>– son el reflejo de una conducta, una forma de vida que relaciona al hombre con ciertos hábitos culturales que han pasado por un proceso de expansión, selección y reelaboración. Pero ante el nuevo milenio que enfrenta la sociedad, cabe preguntarse: ¿Cómo es el medio en que ellos se insertan y cuál pareciera ser su futuro?

\* La primera versión de este trabajo fue presentada como ponencia en el *Congreso Extraordinario de Geografía* en Roma, en septiembre del año 2000. El Congreso fue organizado por la Sociedad Italiana de Geografía.

<sup>1</sup> En: Real Academia Española, 2001.

<sup>2</sup> *Ibíd.*

<sup>3</sup> Cf. Dannemann, M: 1975.

Las respuestas a estas interrogantes podrían encontrarse en dos localidades que aún mantienen vigentes la producción artesanal: Colina y Pelequén. Pero no hay que olvidar que, hasta la segunda mitad del siglo XX, el país presentaba un sinnúmero de localidades de este tipo, las cuales, durante una o dos centurias no sufrieron cambios profundos o marginalización. La causa fue que tanto sus mercados de consumo como de producción les habían permitido una existencia que los aseguraba económicamente y con ello se resguardaba también cierta parte del acervo cultural de Chile.

Estos espacios se insertaban en zonas funcionales, ya que parte de la producción de enseres de casa, materiales de construcción, herramientas de trabajo agrícola y elementos de vestuario pertenecientes al mundo campesino, eran proporcionados por localidades que conformaban microespacios. Así, estas actividades productivas permitían sustentar de alguna forma la identidad regional o local en ciertas áreas de Chile.

Pero, en este último tiempo, estas áreas al interior del medio rural chileno se han convertido en ámbitos desconectados y segregados de las zonas de sus entornos, o bien, se han transformado en un hábitat precario y de alto riesgo, siendo este cambio mucho más dinámico durante los últimos cinco lustros.

El presente ensayo, junto con entregar un aporte a la Academia, tiene como objetivo hacer un llamado a los cultivadores de la disciplina geográfica, para incentivarlos a una mayor preocupación por estos espacios, los cuales no han recibido la debida atención, cosa que está demostrada en la ausencia de estudios acerca de ellos durante los años noventa.

## 1. *La problemática en Chile*

La profundización del deterioro en estas áreas puede encontrar su explicación en el proceso que se inicia en el año 1973, año que marcó no solo un hito trascendental en la historia de Chile durante el siglo veinte, sino que también significó el fin del ordenamiento político-administrativo instaurado en el país desde la década del veinte. Esto llevó a término el proyecto de desarrollo económico, social y político que se venía gestando; un proyecto que mantuvo, además, una especial vinculación entre el país y el exterior, a partir de la Gran Crisis y que había estructurado, en su base, una fluida relación urbano-rural entre las distintas regiones del país.

Luego de un breve lapso, las autoridades castrenses que asumieron el poder de la nación, iniciaron un proceso de cambios radicales en todas las esferas del

país (1975). Estos cambios tenían como eje central el proyecto económico neoliberal<sup>4</sup>, el que se sustenta en una total apertura hacia el exterior y un énfasis en las denominadas ‘modernizaciones’ al interior del país. Estos procesos han ido generando, paulatina pero sostenidamente, profundas alteraciones y cambios en los diversos espacios rurales y urbanos que conforman el territorio nacional, así como en las relaciones entre ellos. Todo esto se tradujo en una desarticulación espacial que ha tenido, entre otras consecuencias, la presencia tanto de áreas desvinculadas con sus entornos y funcionales a los requerimientos externos al país, como de otras áreas completamente marginadas al interior de él.

Como se mencionaba anteriormente, el proyecto neoliberal se impuso sin obstáculo alguno con la llegada de los militares al gobierno de la nación y esto se tradujo en la implantación de nuevas medidas políticas<sup>5</sup>. Estas medidas intentaban redefinir el patrón de acumulación que el capitalismo y el Estado desarrollista habían conducido en la economía chilena<sup>6</sup>.

Esta nueva estrategia económica centró su accionar en el mercado, definiéndolo como eje y motor de toda decisión. De esta manera, tanto la asignación de recursos como la determinación de los bienes quedaron a su arbitrio, produciéndose un fuerte proceso de desregulación en los mercados. Esto se llevó a cabo conjuntamente con una política cambiaria –la cual, en sus comienzos, se caracterizó por una subvalorización artificial del dólar–, haciéndola coincidir con un programa gradual de rebajas arancelarias.

La intervención del sector externo no podía quedar al margen de la política gubernamental, y de esta manera se focalizó en aquellos rubros en que el país presentaba fuertes ventajas comparativas, como en la agricultura, la minería o la silvicultura, es decir, en materias primas con escaso valor agregado. Además, con esta estrategia económica, se terminaba con la fijación interna de los precios por parte del Estado.

<sup>4</sup> Müller-Armak plantea que el neoliberalismo tiene un especial miramiento al mecanismo y maquinaria de la competencia, como principio de organización fundamental.

<sup>5</sup> Desregulación económica, libertad de precios, fluctuación del peso, rebaja de aranceles y ventas de activos en manos del Estado.

<sup>6</sup> Cf. Nuñez, Omar, 1995.

## 2. *La modernización, el modelo neoliberal y la globalización*

El neoliberalismo –que como ya se ha dicho, fue impuesto en Chile desde 1975– tiene como objetivo una inserción mayor de la economía chilena en la mundial, en un proceso que posteriormente se denominó globalización. La globalización, en cuanto a categoría científica, es un concepto cuyo referente histórico y empírico está centrado en el largo proceso multisecular de la internacionalización económica<sup>7</sup>. Este proceso económico, además, se caracteriza principalmente por su acelerada apertura hacia los mercados exteriores.

Este hecho implicó el fácil acceso e ingreso de capitales foráneos –al amparo de una precisa normativa legal, como fueron los denominados Capítulos 18 y 19– que, en parte, paliaron la urgencia para superar la crisis de ganancias decrecientes en la reproducción capitalista. Sobre esta base, el sistema capitalista inició su reestructuración dirigida desde sus centros más desarrollados<sup>8</sup>.

Entonces, con una apertura hacia el exterior, en primer término, y posteriormente con la actualización del proceso globalizador, ingresarán grandes cantidades de capitales foráneos a Chile, generando una desestatización y una desnacionalización en el aparato productivo nacional, especialmente en aquellos ámbitos que produzcan mayores beneficios en el menor tiempo posible, tales como la materia prima y los servicios.

Pero, junto con el despliegue de la globalización en Chile, se produjo otro efecto concatenado a él: el proceso de modernización, el cual se traduce en la privatización de los sistemas productivos y de servicios, en la generación del mercado de tierras, en la reducción del aparato estatal y en la incorporación de alta tecnología que permitiera superar los obstáculos de distancia y tiempo. De este último punto se desprende que la ciencia y la tecnología tendrán papeles crecientes de fuerza productiva en Chile<sup>9</sup>.

Junto con esto, y a pesar de las soluciones de corto plazo implementadas para salir de las crisis cíclicas, a mediados de los años setenta se hace perceptible que el modelo industrial fordista de postguerra –sobre las mismas pautas básicas que treinta años antes le habían permitido su viabilidad y éxito<sup>10</sup>– no lograba recomponer la acumulación y el consenso social del sistema.

<sup>7</sup> Cf. Saxe-Femández, 1999.

<sup>8</sup> Cf. Uribe, 1996.

<sup>9</sup> Cf. *Ibíd.*

<sup>10</sup> Cf. Gatto y de Mattos, 1992.

Numerosos especialistas establecen que a partir de los setenta hay una imperiosa necesidad, en las sociedades contemporáneas, de modificar este modelo imperante. La razón es que este modelo, por causa del alza en los precios internacionales del petróleo, ya había entrado en un franco estado de agotamiento de reproducción económica y social.

Este fenómeno, junto con lo anterior, obligó a llevar a cabo una reformulación entre los diversos grupos sociales de poder, así como también del Estado. Por ello, este proceso no solo tendría repercusiones profundas en el plano meramente tecnológico, sino que también en lo social, político y cultural. Por ejemplo, los nuevos cambios tecnológicos –cambios que se conocen como neofordismo– alteraron significativamente el patrón de localización productiva, el de las demandas y el uso de territorio que había generado el modelo anterior.

En consecuencia, el anterior modelo tecnológico implicó la expansión de los métodos de trabajo organizativos en concomitancia con el taylorismo. Dentro de éste, la concentración del empleo industrial se llevaba a cabo en grandes unidades fabriles de creciente tamaño, coadyuvando al fortalecimiento de las organizaciones gremiales con ramas de actividad de salarios y condiciones de trabajo<sup>11</sup>.

Espacialmente, esto se plasmó en grandes concentraciones industriales y en la centralización del capital, lo que a su vez en Latinoamérica, se manifestó mediante caóticos procesos urbanos que se caracterizaron por espacios fuertemente segmentados, donde la calidad de vida de la población tendía a ser cada vez más negativa. Producto de lo anterior, estos espacios industriales generaban enormes áreas deterioradas. Por ejemplo, Santiago de Chile concentraba hacia 1960 el 60% de la producción industrial del país y poseía un 40% de la población viviendo en poblaciones callampas.

Junto con lo anterior, las políticas desarrollistas –las cuales privilegiaban fuertemente al sector industrial– no prestaron la misma atención al sector agrícola. Esto puso de manifiesto que en Latinoamérica se fueran presentando espacios duales: por un lado, el espacio tradicional, representado por el mundo rural y por otro lado, el espacio moderno, representado por la producción de lo urbano, lo que indiscutiblemente permitía la presencia de espacios productores de artesanías rurales.

De esta manera, los procesos de industrialización y de modernización a partir de los años treinta parecen ser dos caras de la misma moneda, ya que se

<sup>11</sup> Cf. Gatto y de Matos, 1992.

concebía a la industria como signo de modernización y a la urbe como espacio de vida moderna. Así, la ciudad se transformó en un centro de mercado para una industria que producía artículos en forma estándar, acción que se entendía como modernidad. Sin embargo, las empresas allí instaladas eran prisioneras de una doble tiranía: economías de escalas y productos estandarizados, que no alcanzaban muchas veces al mundo rural<sup>12</sup>.

Hacia el último cuarto del siglo XX, dicha forma tecnológica-organizativa de la producción industrial entra en un proceso de crisis y en su reemplazo aparece el ya mencionado neofordismo, con el fin de superar las falencias de su antecesor modelo productivo y que además, como ya se ha establecido anteriormente, operará no solo en el aspecto tecnológico sino que también en el social, cultural, laboral y político.

En el plano fabril, la incorporación creciente de contenidos de información en los distintos aspectos y áreas de una empresa, ayudó a integrar un ajuste sustantivo a la producción. Tanto el perfil del nuevo equipamiento, como la dirección que llevó el cambio de organización productiva produjeron el nacimiento de conceptos íntimamente relacionados con la práctica tecnológica: conceptos como flexibilidad de productos, volumen, diseño, rutina productiva, bienes de capital y de proceso<sup>13</sup>. En este contexto, la informática y la microelectrónica adquirieron un rol gravitante en el devenir de los procesos industriales.

Sin lugar a dudas, estas modernizaciones –las cuales se piensan que son substancialmente de carácter tecnológico– inundaron nuestros espacios rurales y urbanos con nuevos paquetes tecnológicos que afectaron su tradicional organización productiva, su gestión empresarial y sus formas de tenencia. Por otra parte, estas modernizaciones impusieron nuevos rumbos a las comunicaciones, lo que hizo posible trasladar la industria al campo y a las ciudades medianas, así como también a la periferia de la metrópolis. De esta manera, se vaciaron las ciudades que estaban llenas de instalaciones fabriles, las cuales por muchas décadas habían estado en constante expansión. Debido al notable abaratamiento de los costos de transportes –por la nuevas tecnologías aplicadas en este sector–, la industria se desliga de la proximidad de sus fuentes de materias primas, así como de los centros de mercados.

<sup>12</sup> Cf. *Ibíd.*

<sup>13</sup> Cf. *Ibíd.*

La informática, con su desarrollo espacial, permitió descentralizar los grandes complejos industriales, produciendo una diferenciación espacial entre unidades que quedan en los antiguos centros urbanos (dirección o gestión) y los que se van a la periferia o a las áreas rurales. Esto generó la aparición de la denominada industria segmentada o difusa, es decir, un tipo de industria que permite que el emplazamiento industrial pueda ser ubicuo y se neutralice el privilegio que sobre ella tenían los centros urbanos, lo que implicaría un serio impacto en el sector rural y como consecuencia, en los microespacios de artesanías rurales.

En este contexto, el mundo rural incorpora en sus espacios a la industria y por extensión, los vínculos de éstas, ya sea hacia los centros de insumos o hacia los de mercado, lo que permite generar una reorganización productiva al interior de este sector. De esta manera, se neutraliza este tipo de industria a los mercados locales y metropolitanos y solo inciden en ella los requerimientos de los mercados internacionales.

Junto con esto, se agrega el hecho de que la explotación agrícola se hace empresa, es decir, deja de ser familiar e incorpora la más moderna tecnología. En cuanto a sus propietarios, éstos no tienen, necesariamente, que provenir del ámbito local o nacional, lo que da paso a un proceso dinámico de concentración de tierras y de descomposición campesina que ha tenido una fuerte impronta en el mundo rural chileno durante los últimos años. En cuanto a los procesos financieros, se generan los mercados de tierras, los capitales de inmobiliarias y otras financieras que irrumpen de manera insólita en el ámbito rural. Todo esto, obviamente, ha generado enormes cambios espaciales en este sector, siendo la característica más notable de esto el despliegue de una nueva organización productiva, la que presenta profundos y graves desequilibrios territoriales, puesto que no todos los espacios pueden responder por igual al desafío modernizador.

Desde el inicio de la aplicación del modelo neoliberal, el régimen militar no rehuyó las modernizaciones, ya que la implantación del modelo neoliberal en el país exigía una reapertura al exterior. Max Weber, refiriéndose al tema del funcionamiento general de las economías, distingue las acciones según la racionalidad que éstas tengan, distinguiendo la racionalidad formal de la sustantiva; en otras palabras, Weber establece la diferencia existente entre modernidad –racionalidad– instrumental, la cual mueve la acción, y la modernidad sustantiva, que es valórica y testimonial. Es decir, ésta es una modernidad que tiene como objetivo la búsqueda de un proyecto armónico del país, y su despliegue requiere de definiciones superiores, o de otro modo, el modelo corre el peligro de ser interpretado como un proceso dogmático, carente de

ideología, ética y valores. En síntesis, se presentaría como un proceso compulsivo e irreflexivo que solo se justifica a sí mismo<sup>14</sup>.

Para caracterizar a la modernidad, habría que referirse sobre ella como el escenario o el contexto donde procesos como el neoliberalismo, la globalización y las modernizaciones se presentaron en Latinoamérica. Si bien es cierto que, por un lado, este escenario propicia el cambio, por otro, niega la tradición adujera de la comunidad, elevando a la sociedad a la categoría superior y promoviendo la total independencia entre las distintas esferas de la vida –como las esferas del arte, la política, la ética, el derecho, la economía, la ciencia, la tecnología o la jurisprudencia– acertando, de esta manera, un fuerte golpe a las artesanías tradicionales y a los espacios en que ellas se situaban.

Con respecto a lo anterior, cabe recordar que dentro del proyecto de identidad de la sociedad hay otro componente valórico, el cual se refiere a los *valores usos*, es decir, a las costumbres que se dan en los espacios geográficos. Es este conjunto el que debe ser considerado como un patrimonio nacional de identidad que le pertenece a cada ciudadano y que no debe ser socavado<sup>15</sup>. Este componente valórico –el valor uso– es el que no estuvo contemplado por el modelo económico-social implantado en el país a partir de 1975.

En este escenario se han presentado, por el espacio de 25 años, los procesos descritos en Chile y en América Latina, como también en otros continentes. Estos procesos, además, se han experimentado como un tipo de destino y no como un desarrollo orgánico<sup>16</sup>.

Además, no hay que olvidar que en este contexto, como consecuencia de la irrupción del programa neoliberal, el llamado proceso de modernidad se ha reforzado, especialmente en los últimos cuatro decenios.

Otras consecuencias –derivadas del cuestionado programa económico aplicado en Chile– han sido, por un lado, el afloramiento de los desequilibrios ecológicos que se presentan –como nunca antes– en el territorio y, por otro, que en los últimos años, a pesar de que la contabilidad comercial del ingreso nacional se ha triplicado, ésta no mantiene en forma adecuada los recursos, como tampoco las implicaciones ambientales del crecimiento económico.

En relación con esto último, se supone que hay países que presentan una inacción en lo que respecta a proteger el medio ambiente; entonces sería falso

<sup>14</sup> Cf. Rojas, 1999.

<sup>15</sup> Cf. *Ibíd.*

<sup>16</sup> Cf. Subercaseaux, 1996.

dar la impresión de que las economías de mercado neoliberales se ajustan al ecosistema de manera automática, para así suministrar los niveles eficientes de la calidad del entorno.

Cualquier sistema económico que se empeñe en dar énfasis al desarrollo material, intensificará sus impactos en el entorno natural. Un ejemplo claro sería una economía en desarrollo como la chilena, en donde la carencia de una supervisión reguladora en los mercados ha generado un caos ambiental<sup>17</sup>. De acuerdo con todos los aspectos anteriormente citados, una economía fuertemente desregulada no genera un mecanismo jurídico de resguardo a sus ecosistemas. De esta manera, la sustentabilidad económica se constituye en un marco oponente, puesto que esta economía ha dejado su sólida impronta en los distintos y diversos espacios de nuestro territorio. En síntesis, en Chile no ha habido una normativa que contrarreste los procesos de deterioros espaciales.

Ahora bien, ¿qué ha sucedido, en el mundo rural chileno, en los últimos 25 años? Bajo las nuevas condiciones que se generaron en el país, a partir de la modernización agraria –la cual tiene efectos diferenciadores en cada región– aparece una estructura geográfica jerarquizada, que asocia su base al campo y a la ciudad en una nueva dimensión espacial. Dicho cambio asocia espacios rurales concentrados, ligados a uno o más centros cada vez más abstractos. De esta manera, la nueva fisonomía de las relaciones urbano-rurales está siendo supeditada a discusiones no espaciales como, por ejemplo, la fijación de precios de la producción agrícola, el impulso de las innovaciones tecnológicas, la distribución del crédito y la ubicación de las industrias<sup>18</sup>.

Todo lo anteriormente mencionado es funcional a las transformaciones de carácter intersectorial, las que se derivan, especialmente, en los cambios de los modelos tecnológicos de organización de la producción, generando una ‘reprimarización de las economías’<sup>19</sup>. Siguiendo con las nuevas relaciones campo-ciudad, éstas se encuentran en un contexto caracterizado por la aceleración del progreso tecnológico, la concentración financiera y la difusión inmediata de la información<sup>20</sup>. En este contexto, la economía campesina no incide realmente en las tradicionales relaciones campo-ciudad, puesto que dicha economía carece de créditos y tecnologías que le permitan operar en el

<sup>17</sup> Cf. Barry, 1997.

<sup>18</sup> Cf. Armijo y Caviedes, inédito.

<sup>19</sup> Cf. Alburquerque, 1990.

<sup>20</sup> Cf. Armijo, 1989.

mercado controlado, total o parcialmente, por grandes grupos económicos transnacionales<sup>21</sup>.

El efecto más sorprendente de la globalización actual podría ser la pérdida de autonomía que experimentan ciudades y regiones frente a factores económicos de nivel mundial, los cuales controlan sus actividades en términos de una lógica global, largamente ignorada y no controlada por las comunidades regionales o locales. Esta tendencia se favorece gracias a la internacionalización del capital y por causa de la alta tecnología, procesos que pretenden imponer la abstracción de un espacio decisivo estratégicamente, sobre la experiencia de actividades culturales y políticas basadas localmente<sup>22</sup>. Todo esto ha permitido que los espacios tradicionales queden totalmente a su deriva.

Debido a que la última modernización agrícola en Chile ha provocado una fuerte especialización productiva –de acuerdo con las ventajas comparativas internas y externas de cada región agroeconómica– especialmente en la frutícola ganadera y forestal (GTA 1981), el paisaje chileno agrario manifiesta hoy una nueva fisonomía. Se está en presencia de una agricultura industrial, que coexiste con otra de carácter tradicional. Además, en el escenario rural, han aparecido nuevos competidores por uso del suelo rural, como es el caso de las áreas o localidades de residencias suburbanas. Estos sectores residenciales son bastante heterogéneos entre sí –parcelas y condominios de agrado– dependiendo de la ubicación de la región agroecológica. Se genera, así, una nueva huella en nuestros espacios rurales, al producirse la suburbanización de ellos<sup>23</sup>.

Esta nueva conformación territorial –generada por la agricultura industrial y exportadora– hace que el agro chileno esté adquiriendo un sesgo urbano, a través de un proceso de modernización que no corresponde al desarrollo integral de la población<sup>24</sup>.

Habría que agregar que estas nuevas empresas agroexportadoras segregan la mano de obra desde los predios agrícolas y solo utilizan fuerza laboral abundante y de bajo costo en forma temporal, lo que refuerza los asentamientos humanos de tipo precario. La introducción a gran escala de empresas comerciales en el campo, las cuales se hallan en manos de compañías internacionales y que son de gran especialidad productiva, hace que la imposición total esté en vías de un gran desarrollo<sup>25</sup>.

<sup>21</sup> Cf. Armijo, 1989.

<sup>22</sup> Cf. Castells, 1984

<sup>23</sup> Cf. Armijo y Caviedes, 1996.

<sup>24</sup> Cf. Armijo y Caviedes, inédito.

<sup>25</sup> Cf. Dickenson, 1984.

No obstante este hecho, y dado que no todas las zonas rurales de Chile contaron con los atributos naturales suficientes que les permitieran incorporarse a los procesos modernizadores del país, en especial desde 1975, subsisten microáreas que aún contienen economías rurales sustentadas en las artesanías. Los productos de éstas son de carácter utilitario y ornamental, pero hoy se encuentran insertas en regiones modernizantes.

Además, estas localidades se caracterizaron porque, durante mucho tiempo, fueron funcionales a la forma y tipo de vida de la población rural chilena, y al sufrir un cambio en su base económica les permitió –a las microáreas en cuestión– generar condiciones para que subsistieran en forma marginal.

Estos microespacios al interior de áreas de fuerte impacto, a partir de la última modernización agrícola han debido alterar su producción en función de los mercados que las demandan, o bien por la difusión de nuevos patrones estéticos impuestos por la modernidad. Situación que, incluso, se ha dado en aquellas áreas marginadas por los procesos modernizantes, gracias a la masificación de los medios de comunicación.

### *3. Microespacios artesanales*

Lo expuesto anteriormente es verificable en microespacios de producción artesanal de cantería, como en los casos que se expondrán a continuación:

a) La Cantera de Pelequén (Sexta Región), ubicada en una de las áreas más impactadas por la última modernización agrícola, se compone de un total de 235 personas, que se distribuyen en 56 núcleos familiares (Fig. N°1). Esta área se ha transformado en una zona de agroindustria, cuya producción va al exterior. Pero, sin embargo, al interior de ella hay un pequeño espacio que da vida a una población, cuyo sustento se basa en el trabajo artesanal de cantera.

Tradicionalmente y desde hace dos siglos, se han extraído, desde esta cantera, materiales para producir elementos de construcción, ornato y utilería. Ejemplos de estos son las bases de pilastras, gradas (para escalas), bancos, piletas y basas. También se encuentran morteros, así como materiales que eran utilizados en la construcción de las viviendas de los campos, como bloques, gradas y adoquines de patios y corredores. Incluso el material de desecho fue usado en líneas férreas.

La Cantera de Pelequén, que ha sido explotada por tanto tiempo, posee una veta de roca de tipo granito y que se caracteriza por su color rosado. Pero,

además, se han reconocido otras variedades, y de esta forma se presenta el rosa pálido, el rosado propiamente tal y la flor de durazno (que es una piedra rosada con vetas blancas).

En el último cuarto de siglo, con la inserción de la economía chilena al mercado mundial, el país se abrió a la importación de todo tipo de productos. Esto hizo que artículos artesanales llegaran a precios bastante más bajos a Chile, relegando la producción nacional a un segundo plano y afectando, de esta manera, la producción y el mercado para los productos de Pelequén.

De acuerdo con nuestros estudios, en estos momentos el 100% de la producción de Pelequén está destinada a sectores de altos ingresos, los cuales pueden estar localizados ya sea en los sectores residenciales del Gran Santiago o en las residencias veraniegas del litoral central de Chile. En cuanto al material en bruto, éste es demandado completamente por las marmolerías, con el fin de confeccionar artículos ornamentales en cementerios.

Debido a las crisis cíclicas que ha vivido el modelo económico en el país durante los últimos 25 años, los ingresos de quienes laboran en esta cantera son bastante fluctuantes, dada la alta sensibilidad de los precios de sus productos. Esto ha determinado que la mano de obra se asiente en las cercanías de la cantera. Este asentamiento es un hábitat con características de campamento, situado en tierras fiscales, en el meandro del río Rigolemú. Está cortado por la carretera 5 Sur en el poniente y la vía ferroviaria sur por el oriente. Todo esto se sitúa a unos 140 km al sur de Santiago. Obviamente, su emplazamiento es de alto riesgo, lo que se acentúa en los inviernos lluviosos, cuando el citado estero inunda sectores del campamento.

En relación con los ingresos reales obtenidos por los canteros que son jefes de familia, éstos fluctúan de acuerdo a si se obedece a la condición de pirquinero o de artesano. Para los primeros, el ingreso va desde los \$ 70.000 (US\$ 140) a \$ 90.000 (US\$ 180) y para los segundos, se eleva levemente por sobre los \$ 100.000 (US\$ 200)<sup>26</sup>. Esto demuestra que los ingresos se encuentran al nivel del salario mínimo mensual del país (\$90.000), mientras que el ingreso promedio mensual del salario en el sector agrícola era de \$80.000. Estos ingresos mensuales eran inferiores a los que se obtenían en el sector industrial y servicios en 1999. Pero no hay que olvidar que dichos ingresos no son en ningún caso constantes.

Las condiciones del asentamiento ligado a la cantera de Pelequén carecen de los elementos básicos, siendo la mayoría de las viviendas de material ligero

<sup>26</sup> En 1999, un dólar equivalía a alrededor de \$ 500.

(89,4% ligero, el 8,9% mixto y solo el 1,7% es de material sólido), con dificultades en el acceso y disponibilidad de agua potable (14,3% posee agua dentro de la vivienda, el 66% fuera de ella, mientras que el 14,3% y el 5,4% posee agua de noria y de estero, respectivamente). Por otro lado, los niveles de instrucción escolar son bajísimos (87,4% entre 1 a 8 años de escolaridad, el 10,8% entre 1 y 4 años de enseñanza media, y el 1,5% no posee ningún grado de instrucción) y se ha detectado, además, cierto grado de analfabetismo por desuso. A esto último se suma el incierto futuro de este microespacio, con el proyecto de la construcción de una carretera de alta velocidad que se ha diseñado entre las ciudades de La Serena y Puerto Montt, la cual vendría a alterar totalmente la subsistencia de esta economía artesanal, por la prohibición de la venta directa de sus productos realizada en la vera de la ruta 5, obligando a derivar dicha venta a través de intermediarios. Más aún, la existencia misma del asentamiento se encuentra próxima a desaparecer, ya que con la construcción de la carretera desplazará a la localidad, debido a que la Angostura de Pelequén tiene un ancho que excede mínimamente el kilómetro, por lo que sus pobladores ya han sido conminados a hacer desalojo del sitio fiscal.

b) La Cantera de Colina se localiza en la pendiente norte del cerro Pan de Azúcar y en las vecindades del Canal del Carmen, que recorre la misma ladera a una cota superior, ubicándose a una veintena de kilómetros de Santiago. El tipo de roca de esta cantera es especificada como andesita, que es de color gris, pero también se ha trabajado la de color rosado traída desde Chacabuco (Fig. N° 2). La explotación de esta piedra se remonta al siglo XIX, época en la que se producían adoquines y cunetas para la pavimentación de las calles de Santiago. A partir de la mitad del siglo XX, la producción de este centro artesanal comenzó a ser demandada por los sectores de mayores ingresos en la ciudad de Santiago, como son los barrios residenciales de Las Condes, La Dehesa y Chicureo, los cuales requerían pequeños adoquines, como piletas para ornato. En la última década, este mercado no ha sido permanente, ya que ha estado sujeto a los vaivenes cíclicos que presenta la industria de la construcción.

Esta actividad productiva ha dado origen a un asentamiento humano que asciende a 1.296 personas, de las cuales un 80% habita en viviendas sólidas y de tenencia propia, y cuenta con todos los servicios básicos: agua potable, red eléctrica, teléfono, pavimentación de la calle principal y también la atención de salud gracias a la presencia de una posta atendida por un paramédico. Sin embargo, lo que no existe es el sistema de alcantarillado.

Los ingresos mensuales fluctúan entre los \$ 160.000 (US\$ 320) y los \$ 300.000 (US\$ 600), ya sea para pirquineros o para artesanos, ingresos

bastante más altos que el ingreso promedio agrícola para 1999, el cual alcanzaba los \$ 80.000 mensuales. En términos de educación, esta población presenta un 62,1% de personas que tienen algunos años de enseñanza media, el 15,7% presenta algún nivel medio de enseñanza, el 2% algún nivel de educación superior, mientras que el 5,8% no ha asistido a ningún tipo de educación sistemática.

### *Conclusión*

La actividad económica que desarrollan los canteros, en el caso de Colina y Pelequén, es de larga data en el país; dicha actividad ha creado hábitats permanentes, cuyos emplazamientos están singularizados por la existencia de la materia prima. Sin embargo, la localización en ambos asentamientos se sitúa en áreas de riesgo. Pero es esta producción la que da lugar a una comercialización con intermediarios de la gran ciudad, así como a ventas *in situ* a la vera de la carretera o camino principal. También cabe destacar que el valor comercial de algunos bienes ornamentales producidos por estos artesanos es alto.

Hay que recordar, al respecto, que existen dos circuitos comerciales en las economías modernas: uno superior y otro inferior. El primero representa a la industria moderna intensiva en capital y tecnología de punta; un comercio de amplio alcance con complejos flujos comerciales, mientras que el segundo se compone de una manufactura intensiva de mano de obra, con servicios de ámbitos local y comercio limitado<sup>27</sup>. En este circuito se encuentran las canteras chilenas. La demanda del circuito inferior, en la que se mueven estos artesanos, es muy sensible a los cambios de la economía, lo que se traduce en una obtención irregular de ingresos a través del tiempo. En consecuencia, existen momentos en los cuales los ingresos se elevan y los artesanos pueden mejorar sus condiciones de vida, potenciando la capitalización, mientras que en otros acontece lo contrario.

El estudio comparativo entre ambos microespacios productivos artesanales, insertos en áreas modernizantes, no refleja una situación igualitaria para ambos casos. La explicación a esto es el hecho que los canteros de Colina son dueños de la veta, lo que incide en menores costos totales de producción,

<sup>27</sup> Cf. Santos, 1979.

sumado a ello la menor distancia con respecto al centro de consumo, lo que permite ofrecer un producto más barato. Aquí existe la “Asociación Gremial de Trabajadores Canteros”, que es una organización social que ejerce atribuciones tanto en la cantera como en el asentamiento, creando un verdadero gobierno local, lo que se traduce en un férreo bastión de sus intereses. Dicha situación no se presenta en Pelequén, debido a que la cantera es propiedad de una familia que la ha mantenido en su poder por más de un siglo.

En síntesis, en el mundo rural contemporáneo de Chile se presentan desararticulaciones y desequilibrios espaciales que están representados por las áreas tradicionales y modernas, lo que implica una dualidad estructural en lo rural. Históricamente y en gran medida, tanto en Chile como en América Latina, el destino se vive o más bien se padece. Es un proceso que irrumpe desde afuera, un proceso que escapa al control de aquellos en quienes recae<sup>28</sup>.

El estudio de estos dos tipos de asentamientos demuestra una valorización del espacio local como parte de un proceso que se origina en los valores de la sociedad. Dicho proceso tiene dos manifestaciones concretas: el valor *del* espacio y el valor *en* el espacio. El primero refleja la producción de un valor intrínseco como resultado de los atributos naturales del espacio, lo que revela una condición objetiva de producción. El segundo, en cambio, tiene relación con el valor contenido en él, como producto de la acción del hombre<sup>29</sup>. Paradójicamente, en estos dos casos, la apreciación de estas categorías se ve alterada y contrapuesta. Desde el punto de vista económico, este estudio constata que estas actividades productivas se articulan de acuerdo a la Teoría de Localización de Weber, la cual establece que se obtiene un ahorro instalándose en las proximidades de yacimientos de materias primas, lo que permite un ahorro en transporte. Esto, a su vez, se traduce en una fuerza que atrae la mano de obra, la que se sitúa en las cercanías de sus fuentes de trabajo, dando origen a esta forma de hábitat rural.

Se ha constatado, además, que el proceso de modernización en Chile, durante los últimos 25 años, no ha generado espacios homogéneos, sino que, por el contrario, ha generado grandes desequilibrios espaciales que, a su vez, permiten la existencia de enclaves o nichos productivos, con asentamientos humanos tradicionales y con una presencia relevante de riesgo y precariedad. La persistencia de actividades extractivas que generan bienes de bajo valor agregado originan mundos paradójicos de riqueza y miseria<sup>30</sup>, lo que queda

<sup>28</sup> Cf. Subercaseaux, 1996.

<sup>29</sup> Cf. Gatto y De Mattos, 1992.

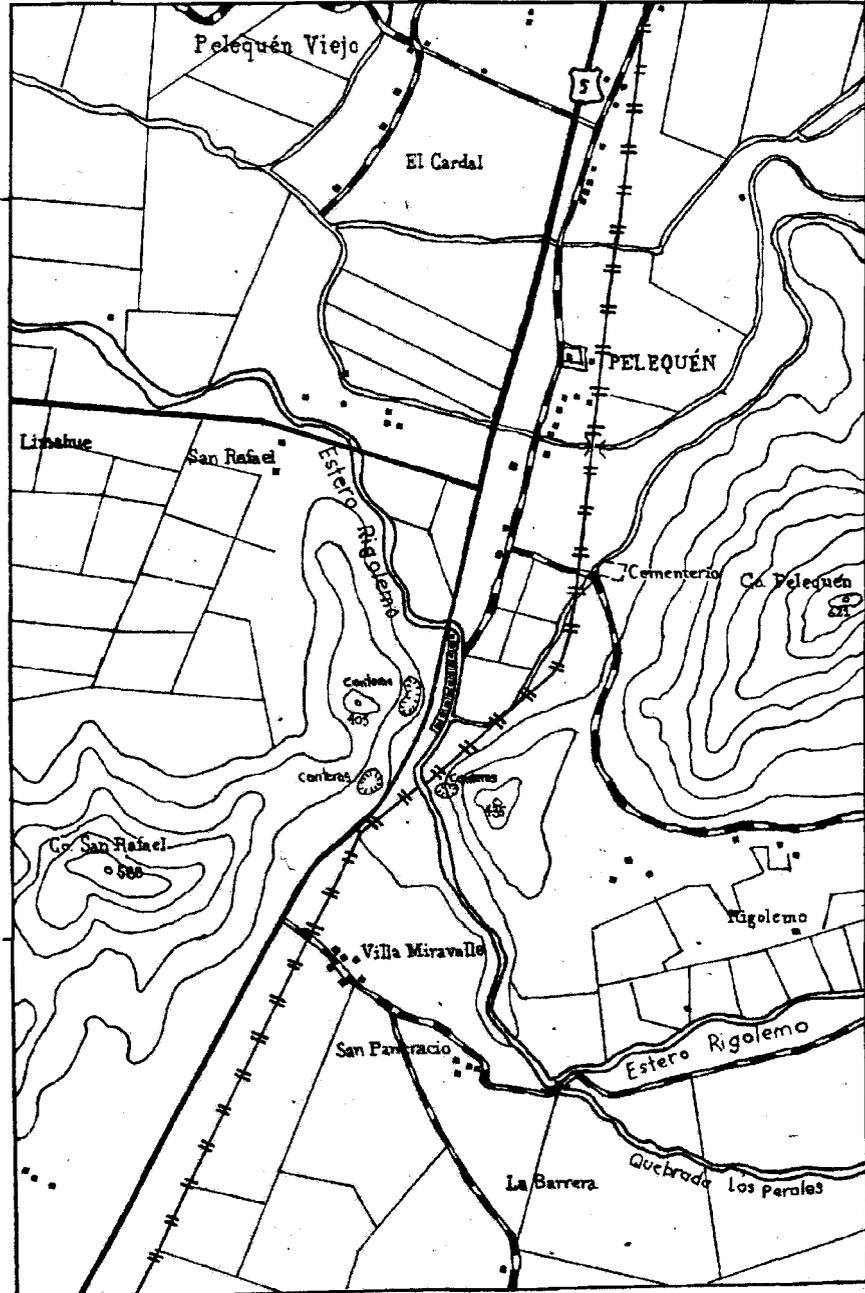
<sup>30</sup> Cf. Uribe, 1996.

demostrado en el campamento de Las Canteras de Pelequén y Los Canteros de Colina. Esto ha significado que en el fondo se presenten áreas de pequeños productores de subsistencia y de producción comercial<sup>31</sup>, todo esto como producto de los embates de los distintos procesos económicos, sociales y políticos vividos por nuestra sociedad, y que relegan cada vez más nuestras artesanías rurales a los espacios de los museos.

Finalmente, se puede establecer que estos dos testimonios demuestran el incierto futuro que tiene este tipo de actividad productiva rural. Esta situación hace que los canteros estén bordeando la línea de subsistencia, acusando constantemente los golpes producidos por las crisis que se generan en sus mercados de consumo, como el de la construcción, por causa de la invasión de productos importados o por modas imperantes, haciendo que estos microespacios estén en constante detrimento, y con ello la posibilidad de desaparecer y debilitar la identidad cultural del país.

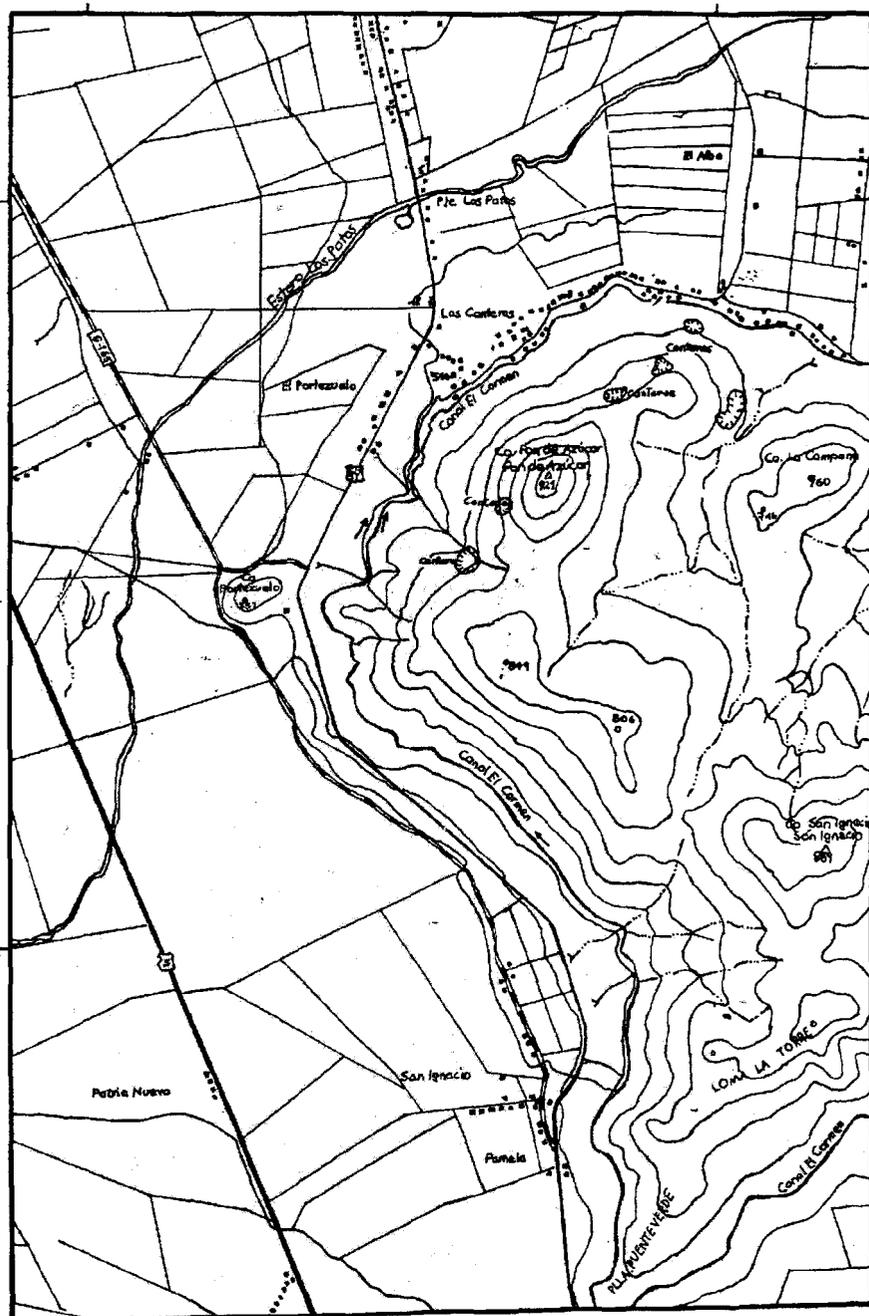
<sup>31</sup> Cf. Dikenson, 1984.

Figura nº 1  
Cantera Pelequén



Escala 1: 25.000

Figura n° 2  
Cantera Colina



Escala 1: 25.000

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Albuquerque *et al.* *Revolución tecnológica y reestructuración productiva: impactos y desafíos territoriales*. ILPES, ONU, 1990.
- Armijo, G. *Modernización y asentamientos espontáneos. Caso Los Morros*. Santiago, XI Congreso Nacional de Geografía, 1989.
- Armijo, G. y Caviedes, H. *La actual urbanización del mundo rural de la región metropolitana (área sur) y sus efectos sobre el hábitat campesino*. XVII Congreso Nacional de Geografía, La Serena, 1996.
- Armijo, G. y Caviedes, H. "Avance de la urbanización del campo en la región metropolitana y efectos espaciales". *Anales de la Universidad de Chile* N° 5, Santiago, octubre de 1998.
- Armijo, G. y Caviedes, H. "Vicisitudes y cambios en el mundo rural chileno. La última modernización agraria. ¿La gran solución de fin de siglo?" *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, N° 5, octubre de 1998.
- Armijo, G. y Caviedes, H. *Visión de la suburbanización del mundo rural chileno hacia 1992* (inédito).
- Barry C. F. *Economía Ambiental*. Bogotá, 1997.
- Bariain, J. *Representaciones colectivas y proyecto de modernidad*. Madrid, 1990.
- Castells, M. *Mudanca tecnologica, reestruturacao economica e nova divisao do trabalho*. Sao Paulo, n° 17, 1984.
- Dannemann, M. *La Artesanía Chilena*. Santiago: Gabriela Mistral, 1975.
- Dickenson, J.P. y otros. *Geografía del tercer mundo*. Barcelona: Ediciones Omega, 1984.
- Gatto F. y C. de Mattos. *La tercera revolución científica*. Santiago: ILPES, CEPAL, 1992.
- Grupo de Investigación Agraria (GIA). *Cuadernillos de informaciones Agrarias*. Santiago, 1981.
- Núñez, O. *Evolución del uso y de la tenencia de la tierra en la comuna de Paine. 1930-1993*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, Santiago, 1995.
- Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe, 2001.
- Rojas, A. *Instituciones y actores del desarrollo territorial en el marco de la Globalización*. Santiago, 1999.
- Santos, Milton. *The shared space*. Londres, Nueva York: Methuen, 1979.
- Saxe-Fernández, J. *Globalización: Crítica a un paradigma*. México, 1999.
- Subercaseaux, B. *¿Chile un país moderno?* Santiago, 1996.
- Uribe, G. *Geografía política: Verdades y falacias de fin de milenio*. México, 1996.